

tes no se hizo mas que dar mayor extension á las conquistas y continuar arreglando la administracion de ellas. Esta, en la isla Española ó Santo Domingo, que como hemos dicho, fué por muchos años la capital de todos los establecimientos españoles en el Nuevo Mundo, pasó de los monjes Gerónimos, á quienes el cardenal regente Jimenez de Cisneros la habia confiado, á la audiencia que se estableció, y á la vireina D^a María de Toledo, esposa de D. Diego Colon, hijo del almirante, cuyos derechos fueron reconocidos y declarados en el pleito que siguió en el consejo de Indias. Para el progreso de los descubrimientos, fué nombrado adelantado D. Diego Velazquez gobernador de la isla de Cuba, por quien se formó y en mucha parte se costeó la armada que condujo á Cortés á las costas de Méjico; mas habiéndose hecho éste independiente de aquel gefe, y autorizado su procedimiento con la conquista, fué declarado gobernador y capitan general de la Nueva España, nombre que, á petición del mismo Cortés, se dió á todo el pais conquistado: separóse despues el gobierno político de la capitanía general, confiándose aquel á la audiencia; mas por último, despues de experimentar los inconvenientes que todo esto traia, se creó el vireinato, confiriendo á D. Antonio de Mendoza, que fué el primero que lo obtuvo, muy extensas facultades, iguales á las del monarca, y este sistema, que con varias modificaciones duró hasta la

independencia, se hizo extensivo al Perú y á otras provincias, segun que la importancia que adquirieron lo fué requiriendo. La legislacion de Indias tuvo tambien grandes aumentos y mejoras en este reinado, y ya que por la grande oposicion que hubo por parte de los conquistadores, y que puso en riesgo la dominacion española en estos paises desde su mismo origen, dando ocasion á las guerras civiles del Perú, no pudieron extinguirse los repartimientos de indios, se establecieron las reglas para el órden del servicio personal de estos y las limitaciones que este debia tener, de manera que se cortasen y castigasen los abusos, con lo que se mejoró mucho la suerte de los indígenas, aun cuando estas disposiciones no tuviesen entero cumplimiento.

La regencia de Castilla, aunque rodeada de los cuidados en que la habian puesto las inquietudes de aquel reino, logró levantar un ejército que oponer al francés que habia invadido la Navarra, y derrotado este en la batalla de Esquíros, el reino fué recobrado con la misma prontitud que se habia perdido. Hallándose los regentes en Victoria, á donde se habian trasladado para impedir de mas cerca los intentos de los franceses, recibió el cardenal Adriano la noticia de haber sido elegido papa, á cuya suprema dignidad subió por influjo del emperador, y tomó el nombre de Adriano VI. Este pontífice concedió al rey D. Carlos y sus sucesores, el derecho de pre-

sentar para todos los obispados de sus reinos, é incorporó perpetuamente en la corona de Castilla los maestrazgos de las tres órdenes militares.

El emperador resolvió su vuelta á España, dejando por vicario del imperio á su hermano D. Fernando, y á su paso por Inglaterra recibió en Windsor las insignias de la orden de la Jarretiera, y ratificó la promesa que ántes habia hecho de casarse con D^a María, hija del rey Enrique VIII, y habiendo desembarcado en Santander, pasó á Tordesillas á visitar á la reina su madre, que residia en aquel lugar al cuidado del marqués de Dénia. Carlos en este viage recobró el afecto de los españoles que habia perdido en el primero: el influjo de los flamencos habia cesado faltando Chievres, que murió cargado de oro y de la pública execracion, y tambien su sobrino el arzobispo de Toledo, este á consecuencia de una caída de caballo, en cuyo lugar fué nombrado D. Alonso de Fonseca, arzobispo que era de Santiago, eclesiástico muy respetable. No contribuyó poco á conciliar á Carlos el amor de los castellanos, la benignidad con que se condujo con respecto á los culpables en las pasadas revoluciones: algunos grandes le manifestaron que eran necesarios mayores castigos, á lo que contestó que bastaba con lo hecho, y habiéndole alguno venido á denunciar el lugar en que estaba oculto uno de los exceptuados de la amnistía, le contestó: "mejor harías en avisarle á él que yo es-

toy aquí." Toda su atención estaba dedicada á la guerra con Francia, y por seguirla con todo empeño, no quiso entrar en la liga que le propusieron el papa y el rey de Persia contra el gran turco, que extendiendo sus conquistas por todas partes, habia quitado á los caballeros de S. Juan la isla de Rodas, en lugar de la cual Carlos les dió las de Malta y Gozo, que dependian del reino de Sicilia. Aumentaba sus esperanzas el condestable duque de Borbon, que por disgustos en la corte, habia dejado á su soberano y pasado al servicio de su rival, obligándose por un tratado á sublevar la Francia, cuando el rey hubiese partido para Italia, y con este intento invadió la Champaña con doce mil alemanes que el emperador puso bajo sus órdenes, pero despues de haber talado esta provincia, fué derrotado por el duque de Guisa que la gobernaba, escapando casi solo del combate.

A los antiguos motivos de guerra que las coronas de Aragon y Castilla habian tenido con la Francia, la primera por la posesion del Rosellon y por el reino de Nápoles, y la segunda por la Navarra, Carlos agregaba todos los que procedian de la Flandes y la Borgoña que habia heredado de su padre, y del ducado de Milan, que el rey Francisco pretendia como herencia de su abuela Valentina Visconti, y en el que Carlos sostenia á Francisco Esforcia, á quien habia concedido la investidura como de un feudo imperial. Francisco habia levantado para apoyar sus derechos,

un ejército poderoso, á la cabeza del cual él mismo sitiaba á Pavía, defendida por Antonio de Leiva. Las tropas imperiales, á las órdenes del marqués de Pescara, de D. Fernando de Alarcon, de Launoy, virey de Nápoles, y del duque de Borbon, atacaron á las del rey de Francia en su campamento, el 24 de Febrero de 1525, dia de S. Matías, cumple años del emperador, y auxiliadas por una oportuna salida que Leiva hizo por la espalda con la guarnicion de la plaza, las derrotaron completamente, matando á muchos individuos de la primera nobleza, tomando toda la artillería y bagages, y quedando prisionero el mismo rey, que fué conducido á la fortaleza de Piziguitone, en las riveras del Po, custodiado por Alarcon, y esta fué la primera victoria de las armas imperiales que la ciudad de Méjico celebró con gran solemnidad (1). Quiso en seguida pasar á España el rey prisionero, porque esperaba conseguir su libertad con mejores condiciones, tratando él mismo con el emperador, quien rehusó verlo y solo lo visitó estando enfermo en Madrid, á consecuencia del abatimiento en que habia caido su espíritu. La paz se hizo con las condiciones que ántes habia resistido admitir el rey Francisco, y de las que las principales fueron, la restitucion de la Borgoña, ocupada por la Francia; la renuncia de los derechos que aquel monarca pretendia tener á Milan

(1) Véase la 4.^a disertacion, tom. 1.^o fol. 254, donde debe corregirse el año, que fué 1525.

y Nápoles, obligándose á hacer renunciar tambien á Enrique de Albret, al título de rey de Navarra, y la restitucion de algunos otros territorios. Esta paz se publicó el 15 de Enero de 1526, y el rey de Francia, despues de haber jurado cumplir el tratado, se restituyó á su reino, entregando por rehenes á sus dos hijos, que se cambiaron por él en una barca situada en medio del rio Vidasoa, que separa los dos reinos por el lado de Guipúzcoa, y luego que se vió en la ribera francesa, dando espuelas al caballo en que montó, se fué á galope á Bayona, exclamando de cuando en cuando: "Soy todavía rey."

Sin embargo de estas solemnidades, el rey de Francia no habia firmado la paz con intencion de cumplirla, sino solo como medio de salir de la prision, y luego que se vió libre rehusó la devolucion de la Borgoña, y se adhirió á la liga que el papa Clemente VII, de la casa de Médicis, que habia sucedido á Adriano, formó con los príncipes italianos, á que se dió el título de Santa, cuyo objeto era resistir el gran poder que habia adquirido el emperador, y con el que amenazaba la independenciam de todos los estados de Italia. Carlos, ofendido de la mala fé de Francisco, le llamó públicamente príncipe sin honor y sin palabra, lo que dió motivo al desafío personal que Francisco hizo á Carlos, que éste admitió, y que debia haberse tenido en Burdeos, pero que despues de largas contestaciones para arreglar todas las formalida-

des del combate, nunca llegó á tener efecto. El rey de Inglaterra habia abandonado la amistad del emperador, y ofrecido su hija D^a María, que estaba prometida en matrimonio á éste, al delfin de Francia, de lo que ofendido Cárlos, se casó con D^a Isabel, infanta de Portugal, lo que sirvió de pretexto al rey Enrique para declararle la guerra, acusándole de haber faltado á su palabra, y uniéndose á la liga, fué declarado protector de ella. La liga, para separar al marqués de Pescara de la fidelidad á su soberano, le ofreció el reino de Nápoles, y hacerlo general en jefe del ejército que se reuniese, á lo que el marqués pareció dar oídos, pero segun despues se vió, fué solo con el objeto de instruir de todo al emperador, quien irritado con Esforcia, por haber tomado parte con sus enemigos, despues de haberle sostenido á costa de tantas guerras en el ducado de Milan, dió orden para que se le despojase de él, lo que se hizo fácilmente, habiéndose apoderado las tropas imperiales de todo su territorio, excepto del castillo de Milan, en el que Esforcia se encerró.

Murió entre tanto el marqués de Pescara, mientras el duque de Borbon se hallaba en España, habiendo sido recibido por Cárlos en Toledo con los mayores aplausos, pero los grandes lo trataron con mucho desden, y habiendo pedido Cárlos su palacio al almirante de Castilla para que se alojase en él Borbon, se cuenta que el almirante le contestó, que dispusie-

se de él, como de todo lo que le pertenecia, como su rey y señor, pero que le permitiese quemarlo, luego que el duque de Borbon saliese, para que nunca se dijese que su casa habia alojado á un traidor. El duque, vuelto á Milan, tomó el mando de las tropas y estrechó el sitio del castillo, hasta obligar á Esforcia á rendirlo y retirarse á Como. Careciendo de recursos durante el sitio, Borbon empleó las mas atroces violencias para obligar á los habitantes de Milan á sostener sus tropas, hasta el grado de ponerlos en estado de desesperacion.

Cárlos, viéndose comprometido en una nueva guerra con casi toda la Europa, cuando ménos prevenido estaba para hacerla, agotadas sus fuerzas y recursos en la que acababa de terminarse con el tratado de Madrid, al mismo tiempo que una rebelion de los moriscos de Granada y Valencia le ponía en nuevos cuidados dentro de la misma España, habiendo en vano procurado disolver la liga separando de ella al sumo pontífice, tomó todas las medidas necesarias para resistir. Le sobraban soldados, pero carecia de dinero para sostenerlos, habiéndole negado las cortes, reunidas en Valladolid en 1528, el subsidio que pidió, y como esto mismo se repitiese en las de Toledo de 1538, á que concurrieron los tres brazos, con entera division unos de otros, resentido el emperador con el clero y la nobleza, hizo cesar las sesiones y desde entónces no volvió á convocarlos, quedando las cor-

tes reducidas á la concurrencia de los procuradores de las diez y ocho ciudades y villas que tenían voto en ellas, no habiendo asistido nunca los de Méjico y Lima, á quienes se les habia concedido. Por su fortuna, los aliados obraron con poca actividad, y siguiendo la política de falsía y mala fé que predominaba entónces, faltaron á sus mútuos compromisos atendiendo cada uno á sus particulares intereses, con lo que todo el peso de la guerra vino á recaer sobre la parte mas flaca, que era el sumo pontífice. Borbon se hallaba al frente de un ejército de veinticinco mil hombres, al que se debian grandes sumas atrasadas, y para contentar de alguna manera á aquella muchedumbre de gentes de todas naciones, á quienes no se podia sujetar á una severa disciplina por la falta de paga, despues de haber sacado algun dinero de los vecinos de Milan, poniendo en prision á los que resistieron exhibirlo y haciéndoles dar tormento, salió á campaña, dejando en Milan á Antonio de Leiva, prometiendo á sus soldados el saqueo de las ciudades que tomase. Los venecianos, previendo esta tempestad, se habian puesto á cubierto de ella, guarneciendo bien sus fronteras: Borbon se acercó á Florencia, que encontró resguardada por el duque de Urbino, general del ejército de la liga, y dirigió su marcha á Roma. El papa, vacilante en la resolucion que debia tomar, hizo un convenio con el virey de Nápoles Launoy, estableciendo una suspension de

armas por ocho meses, y el pago de un subsidio de sesenta mil ducados, y en esta confianza despidió sus tropas. Launoy puso en conocimiento de Borbon el tratado que acababa de celebrar en nombre del emperador, exhortándolo á que volviese sus armas contra los venecianos; mas este general, que estaba contrapunteado con el virey á quien para nada reconocia, siguió su intento, sin detenerse por el armisticio contratado. Todas las ilusiones del papa desaparecieron cuando vió que el ejército salia de Toscana, y entónces trató de reunir de nuevo gente y ponerse en defensa, pero era ya demasiado tarde. Borbon llegó delante de Roma; encendió la codicia de sus soldados con la vista de los templos y de los palacios, de cuyas riquezas iban en breve á ser dueños; distribuyó sus fuerzas en tres columnas de ataque, formadas de cada una las tres naciones que componian su ejército, alemanes, españoles é italianos, para que la rivalidad nacional estimulase mas su valor; y favorecido por una espesa niebla, se acercó con sus tropas sin ser visto hasta la orilla del foso, el 6 de Mayo de 1527. Se aplicaron las escalas á la muralla y se dió principio al ataque, que los romanos sostuvieron con valor: una de las columnas retrocedia y para animar á los soldados, Borbon, armado de todas armas, con un vestido blanco encima, que le hacia conocer de todos, tomó una escala, y arrimándola al muro comenzó á subir por ella, cuando una bala de fusil lo hirió mor-

talmente, y para que los soldados no se desalentasen viéndolo muerto, mandó cubrir su cuerpo con una capa. Así terminó su vida, atacando contra la fé de los tratados y la voluntad del emperador, la capital del mundo cristiano, el condestable de Francia, duque de Borbon, uno de los mas ilustres capitanes de aquel siglo, pero infiel á su soberano, enemigo de su patria, y mal visto por la que por despecho y venganza habia adoptado. Su cadáver fué conducido á Nápoles, pero permaneció por muchos años en el cubo de la torre de la catedral de Gaeta, sin dársele sepultura por haber muerto excomulgado, hasta que siendo rey de aquel reino Cárlos, que despues lo fué de España, III de este nombre, se mandó enterrarlo, por respeto á la familia real á que pertenecia.

La muerte del general aumentó el furor de los soldados, quienes entrando por todas partes en la ciudad, la saquearon inhumanamente. Ni las vírgenes consagradas á Dios se libraron de la brutalidad de aquella soldadesca desenfrenada, que no respetó ningun edificio sagrado ni profano. El papa se habia encerrado en el castillo de S. Angelo, mas por falta de víveres tuvo que rendirse, quedando prisionero bajo la guarda de D. Fernando de Alarcon. La peste que en seguida se declaró, vino á poner el colmo á las desgracias de la ciudad: murió de ella el virey de Nápoles Launoy, y habiéndose retirado á Sena el príncipe de Orange á curarse de sus heridas, quedó

Alarcon con el mando del ejército. Cárlos, cuando recibió las noticias de todos estos sucesos, se hallaba en Valladolid, celebrando con grandes fiestas el nacimiento del príncipe D. Felipe, que fué el II de este nombre: mandó luego cesar las funciones y dió muestras del mayor pesar, comunicando órdenes á todos sus dominios, para que se hiciesen rogativas públicas por la libertad del pontífice. Parece un acto de hipocresía el haber dado semejante orden, sin que baste para excusarla la distincion entre el soberano temporal, promovedor de la liga que era enemiga del emperador, y la cabeza de la religion, cuando siendo su prisionero, bastaba su voluntad para ponerlo en libertad; pero este proceder es ménos extraño, si se atiende que Roma fué atacada sin su orden, y que no podia prometerse un pronto obediencia de una muchedumbre insolentada con el triunfo y con el pillage.

Cárlos hizo la paz con el papa al que devolvió todas sus posesiones, pero la guerra con los demas príncipes y estados confederados continuó por algun tiempo con varios sucesos, habiendo los franceses puesto sitio á Nápoles, pero se vieron obligados á levantarlo y fueron derrotados por el príncipe de Orange y Alarcon, perdiendo su artillería y bagages, y quedando prisioneros el general con todos los oficiales. Cárlos, dejando á la emperatriz con el gobierno de España, pasó á Italia á recibir la corona